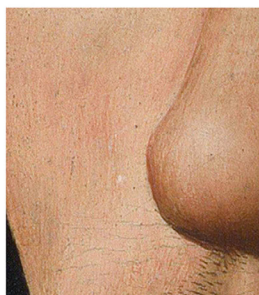
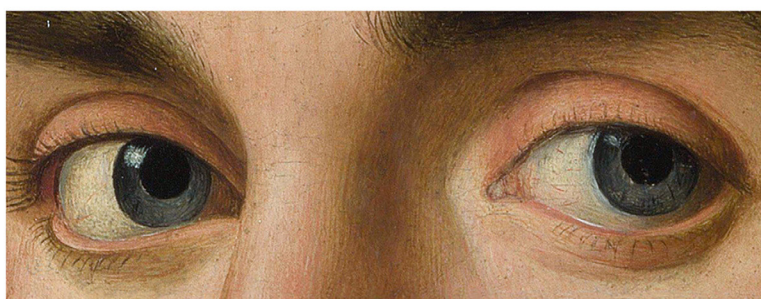


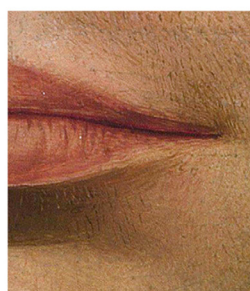
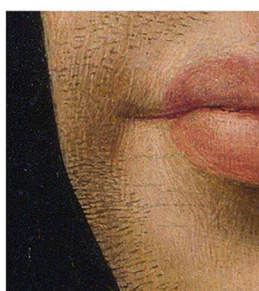


Guía de lectura

Sara
Barquintero



La chica
más lista que
conozco



Lumen

Penguin Club de lectura

SINOPSIS

Alicia deja su ciudad natal para estudiar Filosofía en Madrid, convencida de que allí encontrará compañeros con los que hablar de libros y profesores capaces de cambiarle la vida. Seducida por un grupo de estudiantes tan inteligentes como crueles, pronto descubrirá que el saber no siempre es sinónimo de virtud, pues en las aulas reina la arrogancia, y la brillantez intelectual convive con la precariedad, el cinismo y las miserias cotidianas. En medio de su Bildungsroman particular, entre los movimientos estudiantiles y el estudio sobre qué significa el amor para autores como Platón o Sartre, se obsesionará con Juan, uno de sus profesores, pese a que él es más de diez años mayor.

La chica más lista que conozco es una novela sobre la vergüenza, las complejidades del consentimiento en las rela-

ciones atravesadas por la desigualdad y los límites del Me Too. Escrita como un tratado filosófico, indaga también en la amistad femenina en entornos masculinizados, la belleza del conocimiento, la ansiedad por forjarse una identidad y los claroscuros del compromiso político en la vida íntima.

Tras el fenómeno literario de *Los Escorpiones*, que le valió el aplauso de los lectores y la crítica, y la comparación con autores tan brillantes y dispares como Marías, Cervantes, Enriquez, Foster Wallace, Bolaño o Houellebecq, Sara Barquinero, «la escritora que ha puesto patas arriba el mercado literario [con] una experiencia de lectura que obsesiona, inquieta y te arrastra hasta el final» (*Esquire*), se consolida como la gran narradora de su generación.

LOS PERSONAJES MÁS RELEVANTES

La chica más lista que conozco es una novela tan bulliciosa como la cafetería de una universidad por la mañana. Está plagada de personajes secundarios memorables: alumnos torpes, entusiastas frikis de filósofos desconocidos, profesores vengativos, activistas feministas que quieren cambiar las dinámicas de una academia cada vez más opresiva... Pero, de entre todos ellos, es posible que los más significativos sean precisamente los que acompañan a Alicia, la protagonista, casi desde el inicio hasta el final de estas cuatrocientas páginas:

ALICIA

Cuando deja su Valladolid natal para estudiar Filosofía en Madrid, su vida cambia para siempre, pero quizá no por los motivos que ella deseaba. Lectora empedernida de las teorías del amor de Roland Barthes, estudiosa de Platón, María Zambrano o Jean-Paul Sartre y activa en los círculos feministas de su facultad, también es buena estudiante, es calculadora, es enamoradiza, sus amigos dicen que es fría, y algunas de sus compañeras envidian su inteligencia. Aunque Alicia es plenamente consciente de las desigualdades del mundo en el que vive, su obsesión con Juan, un profesor letraherido y mujeriego, le acaba haciendo renunciar a sus ideales, como si acaso fuera imposible escapar a ese peligroso canto de sirena que entonan ciertos hombres maduros al decirte «eres la chica más lista que conozco».

PENNY

Quizá sus comentarios en clase no sean los más lúcidos, pero Penny tiene un encanto y un estilo que Alicia envidia desde el principio. Aunque muchas razones que tienen que ver con el estudio, pero también con el amor las habrían llevado a ser grandes amigas, los secretos entre ellas acaban dinamitando su relación.

«Olía a colonia barata y dulzona, la típica fragancia que una compra en Yves Rocher. Era fácil recordar cómo era ese primer semestre, pues nunca cambió de look: mechas rubias en el pelo castaño claro, raya negra a lo Amy Winehouse, pantalones caídos que dejaban ver sus bragas negras o rosas de encaje, Vans gastadas, una mochila de peluche de la que colgaba un charm de Bulbasaur. Penny abrió su bolso diminuto y le tendió un lapicero. Aquella noche Alicia habría sido incapaz de imaginar lo obsesionada que estaría con ella unos meses más tarde».

CRISTINA

Algo así como la némesis de Alicia. Una amistad marcada por la competitividad y la diferencia de clase. En realidad, su presencia incómoda es decisiva para el desarrollo de la personalidad de Alicia. A pesar de sus tensiones y desconfianzas, la exigencia académica de Cristina le ayuda a saber en qué tipo de peón universitario no está dispuesta a convertirse.

«Cristina era un animal académico: sus padres eran catedráticos, él de Filosofía, pero en otra universidad; ella de Historia del Arte, en la misma en la que su hija estudiaba. Desde el primer día le contó a quien quisiese escucharlo que iba a hacer un doctorado, solo quedaba decidir en qué. Había leído todos los libros que una debía leerse (o eso decía) y visitado el Museo del Prado cada domingo desde que tenía memoria; era capaz de hacer referencias casuales a sinfonías clásicas o a la filmografía de Fellini de tal forma que hacía consciente a Alicia de su propia incultura».

PURI

Es la tía de Alicia. Gracias a ella puede vivir y estudiar en la capital. Una mujer solitaria, cariñosa, con una casa modesta y decorada de una manera que a Alicia le avergüenza. Puri habla con la televisión, prepara la comida y siempre anima a su sobrina a seguir estudiando, a hacer amigos, a no desanimarse cuando parece que el amor la enferma. Es un personaje entrañable y un contrapunto perfecto para el resto del «elenco intelectual» de la historia.

RODRIGO

Mejor amigo de Alicia durante la mayor parte de la acción. Sensible y atento a los dramas de sus colegas. Más interesado en el placer del conocimiento que en la vida académica. A veces, parece la voz de la razón o el único confesor de la protagonista.

«Solía marcharse con Rodrigo a fumar en el césped, y él no era la clase de persona que le haría la pelota a un profesor. Era lo que le gustaba de él, aunque en esos momentos no le conviniera».

DANIEL

Estudiante más interesado en el conflicto con los profesores y en llevar la razón en los debates que en dejarse atravesar por el aprendizaje. Su vínculo sexoafectivo con Alicia será determinante en la trama.

JUAN

Un profesor joven y modélico. Parece que es distinto a todos esos «héroes de la vieja guardia» que pueblan los despachos de las facultades, con sus títulos enmarcados en las paredes, sus tesis y libros académicos bien visibles en las estanterías, su explotación a becarios, su sutil manera de plagiar a sus subordinados y, por supuesto, su acoso no tan sutil a las alumnas. No. Juan Comala, que es amable, que es un gran lector, que trae películas a clase, que lee con atención y respeto los trabajos de sus alumnos, no se parece en nada a esos viejos profesores babosos. ¿O será que sí?

«Al día siguiente buscó el nombre de Juan Comala en Google con la navegación de incógnito activada, aunque nadie pudiera acceder a su historial de búsquedas. Leyó algunos de sus artículos sobre Jünger, La Boétie, el Marqués de Sade y Ezra Pound. Lo hizo aprisa, como si fuera algo indigno. En ese momento, Comala tenía treinta y seis años, justo el doble que Alicia, y estaba en la universidad gracias a una beca postdoctoral, después de haber vivido en Londres y París. Cuando tenía solo veintiséis o veintisiete publicó una novela, Libtina, sobre una gran guerra europea; en las reseñas no quedaba claro si se trataba de la primera o de la segunda. El centro de la obra eran unas cartas entre amantes separados por el combate y en sus entrevistas citaba A puerta cerrada, de Sartre, y La conversación infinita, de Blanchot, sin que pareciese mera pedantería académica, sino esencial. Pese al tema, las reseñas coincidían en que no era ninguna ñoñería, que “Juan Comala era capaz de mostrar a través de documentos ficticios la desazón propia

de la época moderna”. Estaba descatalogada, y le dio vergüenza encargarla, pero al final lo hizo por teléfono, en una librería del centro. Cuando acudió a recogerla, la metió entre un montón de libros y cuadernos y ya en casa la escondió en el primer cajón de la mesilla de noche. Solía leer con ansia, pero le costó empezar. No solo no quería que nadie la viese con el volumen entre las manos (y eso era un impedimento importante), sino que el mismo texto le imponía respeto».

ESTRUCTURA DE LA NOVELA

La chica más lista que conozco lleva como subtítulo *Un tratado sobre la vergüenza*, lo cual es muy revelador, porque demuestra que no nos encontramos solo ante una historia de ficción, sino que entre sus páginas se cuelan también ideas filosóficas y políticas muy profundas. El hecho de estar ambientada en una facultad de Filosofía madrileña hace que su estructura aparentemente académica —sí, aparentemente, pues se trata más bien de un juego de Sara Barquinero para emular los lenguajes caducos de la universidad— convierta la acción narrativa en un tablero muy ágil para el desarrollo de su pensamiento sobre la vergüenza de clase, el deseo en la juventud, el abuso de poder o la envidia y la violencia en los ambientes intelectuales.

La novela comienza con un Proemio, que sirve como prólogo a la obra, pero también como declaración de intenciones de los protagonistas, y está estructurada a través de tres libros que cuentan a su vez con una Hipótesis —una introducción a la acción, a la manera aforística— y una Demostración, que es el cuerpo central de la trama, como dándonos a entender que la teoría, sin vida, no sirve de nada, y que está salpicada a veces por pequeñas Observaciones, en las que la voz narrativa se atreve a filosofar a través de ejemplos reales y análisis de las ideas que los protagonistas de *La chica más lista que conozco* leen y estudian en clase. A modo de cierre, nos encontramos con dos capítulos de Observaciones Generales, que ayudan a cerrar la trama y dan un final a la historia.

LA NOVELA DE CAMPUS SEGÚN SARA BARQUINERO

A finales de 2025, Sara Barquinero, que es colaboradora habitual de medios como *La Lectura*, de *El Mundo*, o *Babelia*, de *El País*, escribió para este último un maravilloso ensayo con el que rindió homenaje a un «género sobresaliente» como para ella lo es la novela de campus. Remontándose a su nacimiento y haciendo un paseo por

las diversas formas que ha ido tomando el género —desde la novela filosófica hasta algunos productos de lo que hoy llamamos Dark Academia—, Barquinero quiso explicar una forma de narrar que es también una forma de filosofar; aquello que, precisamente, ella ha realizado en *La chica más lista que conozco*.

EXTRACTOS

Pensaron en ser aristotélicos, pero la moderación virtuosa les resultaba ajena a sus principios. Quisieron ser platónicos, pero algunos profesores del departamento de Clásicas de verdad leían griego, lo que lo convertía en una opción arriesgada para la pereza (además, en la Universidad a Distancia había un grupo de obsesos con los presocráticos de los que preferían separarse por inexactos, vagos, meapilas posmodernos sin sistema). El Medievo era para casi todos un vacío teórico, así que quedaba descartado, excepto para recordar a veces «la alegría de los cuerpos en pecado» con Foucault, en general cuando tocaba defender la pervivencia de la capilla en la facultad contra las quejas de los estudiantes: los cristianos sabían divertirse y conocían el perdón, no eran unos pelagatos. Spinoza no los terminaba de convencer, les gustaba sentirse irreductiblemente separados de la Totalidad y apenas ofrecía innovaciones al racionalismo cartesiano, por mucho que se empeñaran los seguidores de

Deleuze o Negri. La política los asustaba, en general, a menos que fuera la de un liberal serio allá por el XVII o XVIII, si acaso el atractivo perverso de Carl Schmitt. Ser kantianos era la opción obvia, pero resultaba incómodo aceptar que cualquier imbécil podía ser un fin en sí mismo; Hegel, muy complicado más allá de invocarlo con o contra Marx; Nietzsche, demasiado mainstream y adolescente como para permitirles ser pedantes. Incluso ellos eran capaces de ver lo aburrido que era Husserl, lo difícil que resultaría seducir a una alumna citando de memoria pasajes de las *Meditaciones cartesianas*. Nunca se les ocurrió estudiar en serio a una mujer. Tras mucho pensarlo, se decantaron por Sartre, un filósofo que era sencillo asociar con el vicio, el drama existencial, la literatura que se recita con teatralidad en un despacho cerrado. Además, estaba pasado de moda, eterno ausente de los discursos contemporáneos, lo que les permitía seguir cultivando su natural predilección por la palabrería y la pereza. (Pp. 11-12)

Al principio intentó acercarse al texto con frialdad. El centro del diálogo de Platón eran siete discursos en los que los distintos invitados a un banquete en honor a Agatón, un poeta trágico recientemente laureado, hacían un elogio a Eros, el dios del amor o del deseo. Después de los discursos de Fedro, Pausanias, Erixímaco, Aristófanes y el propio Agatón, Sócrates renunciaba a opinar según su criterio y les contaba lo que una vez le explicó Diótima, una mujer de Mantinea experta en ritos religiosos y menesteres románticos: Eros no era un dios joven y bello que inspiraba amor a los demás, sino un *daímon*, un ser intermedio al que todo le falta: «el que desea, desea lo que no está seguro de poseer, lo que no existe en el presente, lo que no posee, lo que no tiene, lo que le falta». ¿Por qué alguien iba a aspirar a la Belleza, al Bien o a lo divino si él mismo ya fuese divino, bueno y bello?, se preguntaba Sócrates. Eros es quien ama, el *erastés*, no el amado, e insufla a los hombres esa pasión que siempre persigue aquello que falta, que trasciende del mero amor físico y concreto al amor por la misma idea de la belleza.

Al principio, Alicia quiso realizar una comparativa entre la amistad intelectual de Aristóteles y el discurso final de Diótima en *El banquete*, pero pronto se vio seducida por una segunda lectura de Platón, muy distinta a la primera, que hizo con un esquema a la derecha y cuatro subrayadores distintos en la mano. Era sencillo, aunque su autor quedase retratado como un bufón, embriagarse con la noción del amor de Aristófanes: la búsqueda de la mitad perdida. Alicia no estaba segura de si lo que a ella se le había

perdido era su mitad o de que fuera correcto enunciar la identidad como algo que necesita de otro para completarse; pero sí presentía que le faltaba algo, que no sabía qué era y cuya respuesta podía residir en los otros, fueran quienes fuesen, uno o varios. Quería que la retasen, que la llevasen al límite, que la comprendieran de una forma que escapaba a las palabras, que la reconociesen como igual aquellos «happy few» que no todo el mundo valoraba. Se atrevió a hacer un breve excursus sobre la identidad personal y el ansia de alcanzar la Completitud y otro sobre el amor y el deseo como fuerzas cósmicas y no como atributos humanos. Solo al final trató el amor como pulsión romántica.

Incluso la conclusión de Sócrates, moderada frente a la de Aristófanes, resultaba más pasional y totalizante que la de Aristóteles. La idea de una amistad intelectual basada en la ética, el bien, la reciprocidad y la virtud resultaba menos apelativa que comprender el amor como un vehículo hacia lo absoluto. Suponía que era el equivalente filosófico entre salir con un chico peligroso e interesante o hacerlo con la versión humana de un golden retriever, del que siempre puedes esperar fidelidad y afecto. (Pp. 31-32)

Una vez aceptamos que para los demás somos en parte objetos entre objetos, decía, necesitamos la certeza de que al menos somos algo más que un pasajero molesto al que empujar de camino al metro. Saber que otro nos necesita puede salvarnos, o lo hace si lo hemos convertido (contra su voluntad y sin su conoci-

miento) en alguien capaz de tal hazaña. El amor, pues, no es sino el proceso de mutua cosificación.

Cuando Alicia leyó estas líneas no pudo evitar pensar en todo lo que había hecho no solo para gustarle a Daniel (quizás limitarlo al amor era optimista por parte de Sartre), sino para intimar con sus nuevos amigos, en cómo se había definido y encasillado a sí misma como esa chica que se sienta en primera fila y viste como una actriz de la nouvelle vague. Durante toda su adolescencia había tratado de verse reflejada en otros ojos como una persona única y admirable, aun desde la consciencia de que no encontraría en Valladolid a alguien cuya validación ansiara. ¿Y a qué la había conducido aquello? Desde luego, no al Amor absoluto y sin fisuras, sino a cierta incomodidad existencial en la que cada vez eran menos los instantes luminosos y solo quedaba una sorda irritación. A Alicia le habría encantado replicarle a Sartre cuando decía que el amor es una empresa insensata, pero lo cierto es que, en medio de su enfermedad, se sentía inclinada a creerlo. Y se sintió abrumada por completo cuando ese mismo sábado por la tarde, un par de horas después de haber cogido el libro, Daniel llamó a la puerta de la casa de Puri. (Pp. 64-65)

Y así fue como, de golpe y porrazo, la presencia escuálida de Juan Comala se comió todo vacío teórico y cualquier sombra de aburrimiento. Ni siquiera hacía falta que le prestara atención, bastaba con saber que existía. No son necesarios milagros para el corazón del buen creyente.

Leyó todos y cada uno de los ítems de su guía docente, aunque jamás hizo ninguna pregunta u observación en el aula: confiaba en que su presencia silenciosa y gestos ante los comentarios ajenos fueran más que suficientes, exprimir aquello que Cristina llamaba «su aura de misterio» y que ojos menos amistosos probablemente calificaban como elitismo y bordería. Leyó *La mujer helada* y se imaginó a sí misma como Annie Ernaux, estudiando mucho y comiendo poco, casándose después con un intelectual (en su caso, Juan Comala) que la llenaba en lo espiritual pero que quizás no limpiaba el piso lo suficiente (podría solucionarse, estaba segura). Escuchaba a Édith Piaf mientras caminaba a clase y, cuando la arboleda se disipaba y aparecía por la parte trasera de la facultad, ponía siempre «La Foule». Se imaginaba su entrada-no-tan-triunfal en el terreno de la universidad como el inicio de una película de Rohmer, una de esas películas que se las apañaban para parecer comprometidas políticamente por mucho que solo saliera gente tomando café y jugando con los límites del deseo. Su sistema límbico se alteró. Sus bragas siempre estaban húmedas. Lloraba por cualquier cosa, cualquier libro o película con un final emotivo, cualquier discusión entre compañeros sobre el destino político de la izquierda o sobre lo que tenía que hacer o dejar de hacer Podemos respecto a la investidura de Sánchez. Una vez lloró tanto en los cines Princesa con el final de una película de Mia Hansen-Løve que le dio un ataque de ansiedad en el baño. Lloraba por cualquier minúsculo desengaño con la realidad, que a veces se

empeñaba en no seguir el camino limpio y épico de sus ideales; o por la muerte, la vejez, la conciencia de que todo eso pasaría y no quedaría nadie para recordarlo, el anuncio de la futura ruptura del grupo por las razones más mezquinas, la soledad, la incomprensión. Pero qué belleza. Eso había que agradecerse a alguien, a Juan Comala o a su imaginación desbocada. (Pp. 77-78)

Incluso antes de volverse sabía que no quería hacerlo. «No lo hagas», susurró una voz interior, al igual que el *daímon* de Sócrates solía aconsejarle que no hiciera según qué cosas en los momentos precisos. La música se había detenido; se intuía la procesión de jóvenes que abandonaban el césped en dirección contraria, y a su espalda había algo que Alicia no debía ver, pero que no desaparecería por mucho que no lo mirase. Casi oía la voz de Josefa de fondo, glosando su experiencia: «El *daímon* no se prodiga en exceso, solo interviene en episodios de máximo error, al menos en lo que se refiere a los diálogos platónicos. En cualquier caso, no conviene ignorarlo». Pero Rodrigo la observaba con impaciencia, una representación más de la lucha entre la razón y los impulsos sensibles. ¿O se trataba de otra cosa? Por lo que les había explicado Josefa, la interpretación socrática del *daímon* no era la única, ni siquiera la más común. En la Grecia antigua no había una distancia tan clara entre el carácter del individuo, que se forjaba a través de las decisiones, y su destino, que lo acompañaba desde la cuna. Los personajes homéricos *eran* buenos y honorables por derecho de nacimiento, no

porque tomaran buenas decisiones. El *daímon* que te susurra que hagas o no hagas algo no es el equivalente a la voz de la conciencia moderna, también podía ser la expresión de un sino que iba más allá de lo que decidieras hacer, así que ¿por qué luchaba? Si de verdad no debía ver eso, su mano divina intervendría para detenerla.

—Hazlo con disimulo —le aconsejó Rodrigo, pese a que era innecesario, pues tampoco habría acertado a moverse de prisa. (Pp. 94-95)

Con todo, acudía cada día, después de despertarse a las doce o la una. Leía horas y horas en el césped, con una ensalada en un túper o un polo de limón. Quería ser una de esas chicas angulosas y llenas de tatuajes con las que nadie osaría meterse. Aún no tenía ninguno, pero hacía flexiones y abdominales sobre la toalla de vez en cuando, sin preocuparse de quién la viese. Sus coetáneos de Valladolid carecían de la consistencia ontológica necesaria para que pudiera sentir vergüenza ante su mirada.

También había decidido dedicarle el verano a la literatura americana contemporánea, salir del tripi francés que tanto le recordaba a Comala y a esa última escena del Banquete. Leyó a Patricia Highsmith, Michael Chabon, Junot Díaz y también a Eugenides; aunque uno de los protagonistas masculinos de *La trama nupcial*, Leonard, le hacía pensar en su profesor, y eso que no se parecían en absoluto. El tono de los textos conseguía que un verano en Valladolid tuviera una textura juguetona, fría y ligera, en la que podía flotar sin inundarse. Su cerebro ya no estaba

envuelto en poliespán, pero sí su alma (en la que no creía, pero que postulaba a menudo, un deje infantil y premoderno imperdonable). El pensamiento era el agua clorada; las emociones, los molestos insectos que se le enredaban en el pelo. (Pp. 103-104)

Retazos: una mano, el cuello, una sombra en el horizonte, una espalda, una casa que no era la suya (Alicia aprendió enseguida a distinguir sus espacios: su habitación, el bar art déco al que solía acudir y que con toda seguridad estaba en Ópera, un apartamento en la costa que visitó una vez en julio y otra a finales de agosto); libros en los que se subrayan líneas dedicadas al amor o al sexo. Clásica estrategia femenina para demostrar que tienes novio cuando él no consiente hacerse una foto contigo. Al menos Juan no quiere que se sepa, se consolaba, no debe de tenerlo tan claro. Y quién lo tendría: salir con una alumna era asqueroso, sobre todo con una tan infantil como Penny. Bien pensado, seguro que no era su novia, solo la estaba utilizando, por eso no dejaba que hiciese pública su historia. Ese era su consuelo, aunque ¿por qué necesitaba uno? (Pp. 105-106)

A lo largo de ese verano trató con todas sus fuerzas de pensar en Comala de otro modo: un depredador inseguro e indeseable al que no le importa acostarse con una alumna a la que apenas ha

dejado de evaluar; un sujeto en crisis; un hombre que únicamente resultaba atractivo porque estaba solo en su misterio y desamparo, pero que con toda seguridad perdería su atractivo una vez encontrase compañía y lo vieras en la intimidad del hogar, en su particular cueva del pirata llena de cigarrillos, calzoncillos sucios y envases de comida para llevar acumulándose en la basura. Pero una cosa es la teoría y otra la práctica, y además su obsesión con él y con Penny eran dos asuntos completamente independientes. (P. 108)

En cualquier caso, aquel había sido el empujón que a Cristina le faltaba para abrazar por completo un feminismo militante, como descubriría a lo largo del año que comenzaba. Tremenda Jauría, reivindicación de la amistad femenina, una sospecha indeleble de cualquier miembro no gay del sexo masculino (y además, de Rodrigo y de Sebastián). Asumía el ideario con una entereza adamantina que a Alicia le hacía dudar sobre si sus propias convicciones no estaban a la altura. Quizás era una hipócrita incapaz de renunciar a sus relatos o privilegios; quizás su breve obsesión con Juan le impedía ser tan dura como debería con otras historias de desigualdad y poder. Así se sintió a menudo durante ese curso: lo que para Cristina parecía natural y automático no lo era para ella. Siempre sobrevenía un instante de inseguridad y vacilación que lo dificultaba todo. (P. 110)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿A qué os suena el título de esta novela? ¿Es un piropo, o puede ser, como en el caso de Alicia, una condena?
2. Barquinero se ha embarcado en un proyecto tan descomunal como *Los Escorpiones*. Si bien *La chica más lista que conozco* es más breve, su reto temático resulta aún mayor, pues lo cierto es que la novela de campus en España nunca ha tenido grandes exponentes más allá de algunas obras de Javier Marías o Carme Riera. ¿Por qué creéis que la universidad no ha sido un espacio tan central en la literatura española contemporánea, en comparación con el panorama anglosajón? ¿Qué creéis que aporta esta novela al género de campus?
3. La autora reconoce haber estado muy influida por *La trama nupcial*, *Stoner* o algunas novelas de Sally Rooney. ¿Encontráis más resonancias con otros autores extranjeros?
4. Pasemos a la historia de Alicia. Por un lado, la protagonista parece estar obsesionada por encontrar un grupo de amigos que la acepte. Más adelante, lo que le inquieta es el reconocimiento de Juan, el joven profesor del que, sin quererlo, se acaba enamorando. Luego, a pesar de sus excelentes notas y de su inteligencia, también parece encontrar dificultades para hacer comunidad entre sus pares en la academia. ¿Cómo habéis sentido la evolución de Alicia desde el comienzo hasta las últimas páginas? ¿Creéis que ha logrado encontrar el reconocimiento que tanto ansiaba?
5. Sara Barquinero ya demostró su dominio de distintas técnicas en sus novelas anteriores: cuadernos encontrados, libros dentro de libros, partituras, cartas, juegos infinitos con los formatos, experimentación, y, a pesar de todo ello, una enorme claridad narrativa. En *La chica más lista que conozco* también se juega con el género epistolar, con la estructura del tratado aca-

démico y con la narración más convencional. ¿Qué tal conviven todos estos elementos? ¿Qué otras formas narrativas habéis detectado en la novela?

6. Hablemos de Juan, pues él también ejecuta una serie de técnicas, por así decirlo, narrativas, para encandilar a sus alumnas. ¿En qué momento empiezan a verse las costuras maliciosas de este «profesor genial»?
7. ¿Creéis que, pese a todo, hay momentos de ternura o de bondad en la relación de Alicia con Juan? ¿Su relación habría podido ser «salvable» de alguna manera?
8. Hablemos también de Penny y de Cristina. La novela muestra la complejidad de las amistades femeninas en entornos masculinizados y de gran competitividad. ¿Creéis que, en otro contexto, su vínculo habría sido más cálido, menos conflictivo?
9. Madrid es el escenario central de esta novela, y sobre todo su barrio universitario. Una de las cosas más divertidas del libro es la cantidad de fiestas y de eventos «alcoholizados» que se van sucediendo. ¿Con qué personaje de esta novela os habría gustado tomar algo? ¿Alguna de las fiestas os hizo recordar vuestros días locos de estudiantes?
10. *Pequeñas mentirosas*, *La que se avecina* o *Las chicas Gilmore* son algunos de los muchísimos ejemplos de cultura pop que se van colando en la narración. Son marcadores de la época que refleja la novela, pero también una manera de mostrar los refugios de la intimidad de sus personajes, y el contraste con un modo de vida basado muchas veces en las apariencias. ¿Qué os han parecido estos detalles de «realidad» desperdigados por el texto?
11. La estructura del libro se construye con capítulos conformados por hipótesis, demostraciones y observaciones. ¿A qué puede responder? ¿Creéis que da a entender que a veces al pensamiento no se llega solo a través de los libros, sino también, y especialmente, de las vivencias?

LA AUTORA



© Archivo de la autora

SARA BARQUINERO (Zaragoza, 1994) es doctora en Filosofía. Ha publicado la *nouvelle Terminal* (2020) y las novelas *Estaré sola y sin fiesta* (Lumen, 2021) y *Los Escorpiones* (Lumen, 2024), elegida Mejor Novela en español de 2024 por *El Mundo*, uno de los mejores libros del año

según *Babelia*, *ABC*, *Vogue*, *Elle*, *Infobae* y *Librotea*, y Mejor Libro de ficción del año por la Asociación de Librerías de Madrid, además de finalista de los premios Finestres y Memorial Silverio Cañada. *La chica más lista que conozco* (Lumen, 2026) es su esperada última novela.

Lumen

LOS SECRETOS DE LA NOVELA EN PALABRAS DE SU AUTORA

¿Cuánto de *Los Escorpiones* o de *Estaré sola y sin fiesta* hay en *La chica más lista que conozco*?

Una cosa que me dio un poco de miedo cuando comencé el proyecto fue que no era nada similar a *Los Escorpiones*, pero luego me pareció una virtud, así evitaba convertirme en un cliché de mí misma. En cualquier caso, imagino que mi estilo y forma de narrar sí es reconocible; al fin y al cabo, sigo siendo yo.

Aquí nos encontramos ante una perfecta novela de campus. ¿Qué es lo que más te interesa de este género tan apasionante pero tan poco desarrollado en nuestro país? ¿Cuáles son las novelas de campus que te han formado?

Empecé a escribir algunos esbozos de esta novela cuando estaba terminando mi doctorado, con afán de retratar (y criticar) el mundo que me rodeaba, no tanto de escribir una novela de campus. Sin embargo, en cuanto me puse a leer para inspirarme (mi primera lectura «seria» fue *El libro y la hermandad*, de Iris Murdoch) me di cuenta de que en realidad era un género que consumía y había consumido mucho, por ejemplo, *Stoner* o *El secreto* eran dos novelas que me habían encantado en su momento, y hay algo relajante en la reiteración del ritmo de los cursos, las asignaturas, los profesores y las calificaciones que puedo remontar a mis primeras lecturas compulsivas de *Harry Potter*. La novela decisiva para encontrar el tono fue *La trama nupcial*, de Eugenides.

Además de las precariedades de la vida universitaria, otros de los temas presentes son la competitividad y la envidia académicas. En ese sentido, ¿crees que tus personajes consiguen huir de esas dinámicas?

Diría que no, o al menos no la mayoría, lo cual ha sido una decisión por mi parte. Habría sido demasiado sencillo (e irreal) escribir una novela en la que una serie de estudiantes bondadosas e impecables son corrompidas por malvadísimos profesores, y no quería hacer eso.

En algunos casos, la competitividad se convierte directamente en abuso. Ahora que ha pasado casi una década del #MeToo, ¿crees que ese debate todavía está por llegar a la academia?

Sí, al igual que el de la competitividad, la endogamia y tantos otros. Siento que, en un intento de defender la universidad pública, algo muy necesario, a veces se renuncia a

nombrar sus prácticas más deleznales, que en muchas ocasiones incluso se disfrazan de actos de resistencia contra la precariedad (promover al candidato del departamento en un concurso público puede ser, en teoría, una defensa del alumnado local contra un mundo que todos saben difícil). Sin embargo, no creo que sea necesario en absoluto: la universidad pública puede ser una cosa bella y necesaria a proteger y al mismo tiempo un nido de ratas. De hecho, quizás se ha convertido en un nido de ratas precisamente porque no se la ha protegido lo suficiente.

Aquí la lectura de Jean-Paul Sartre convive con horas y horas de visionado de *Pequeñas mentirosas*. Además de todas las pistas que pueden encontrarse entre estas páginas, o de las que señalas en la bibliografía final, ¿qué otros escritores, pensadores y series pop te han ayudado a escribir *La chica más lista que conozco*? Quise meter algunas series «de moda» de la época en la que la protagonista era adolescente para mostrar el carácter social de ciertas ficciones que romantizan o excusan ciertos abusos sexuales. En *Pequeñas mentirosas* una de las protagonistas se lía con su profesor de Literatura cuando todavía es menor de edad y cinco temporadas (y muchos dramas) más tarde acaba casada con él. También menciono otras series, como *Crónicas vampíricas* o *Mad Men*, que reproducen (y hacen atractivo) el estereotipo del hombre atormentado que no sabe amar y la joven pura que intenta rescatarlo. Respecto a otras referencias, releí a Fante, Salinger y Rooney al completo mientras escribía la novela, pues quería lograr el tono de falsa ligereza de los tres, y también bastantes títulos de Iris Murdoch. Leí muchas publicaciones de campus, algunas al final del proceso de escritura, como *Se acabó el recreo*, *Los últimos americanos* o *Queridos miembros de la junta*, y otras más clásicas al principio, como *Pnin* o *Todas las almas*. También me inspiraron algunos relatos de experiencia universitaria desde la precariedad o el provincianismo, principalmente *La mujer helada* de Ernaux y *Regreso a Reims* de Eribon. A nivel crítico, me ayudaron bastante los textos de Remedios Zafra y Javier López Alós, pero sobre todo el *¡Denuncia!* de Sarah Ahmed. En cuestiones filosóficas hay bastante (mucho) Sartre, no solo por la fijación de los profesores con el autor, sino porque me parecía que en su obra se problematizan algunos de los temas de la novela, como la posición del intelectual, los dilemas éticos, la vergüenza, el compromiso político o el amor. Para esto último me detuve a su vez en *El Banquete* y *Fragmentos de un discurso amoroso*.

El tratado filosófico, la epístola, la narración más pura. ¿Cómo decidiste esta combinación de géneros y de voces para contar la historia de Alicia?

Desde el principio, me pareció que el mejor narrador para una Bildungsroman de campus era aquel que descubría el mundo que retrataba a la vez que el lector (así sucede también en *El secreto*, en *Stoner* y en tantos otros, incluso en *Harry Potter*). No podía asumir que todo lector conocía el mundo académico y sus tejemanejes, y explicarlo desde otra posición (por ejemplo, la mía, la de una cínica estudiante de doctorado) me

impedía mostrar la fascinación y la belleza que convive con sus grises más oscuros. Sin embargo, ese narrador me impedía hacer ciertas observaciones cínicas que tenía *muchas* ganas de hacer, y por eso aparecieron las observaciones ensayísticas, que enseguida se convirtieron en independientes del tiempo narrativo de Alicia (narran el destino de algunos personajes, o antecedentes que ella ni sabe ni podría saber). Fue una de las primeras decisiones que tomé, un poco a boleo y sin saber siquiera si iba a continuar con la novela, pero creo que es de lo que mejor funciona del texto.

De todos los personajes del libro, ¿cuál es tu favorito? ¿Y el que más rabia te dio escribir?

No sabría muy bien qué contestar. Normalmente pienso en los personajes o por inspiración directa (se me ocurren) o por necesidades de trama, así que nunca le cojo ni mucha manía ni mucho amor a ninguno. Me fue muy sencillo y divertido escribir a Ricardo y a los «fontaneros» (estudiantes un poco oscuros del final de la novela), y el de Alicia me costó bastante. Sentía que era importante que los lectores empatizaran con ella, pero creo que no se me da bien hacer personajes que caigan bien.

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE *LOS ESCORPIONES*:

«Barquinero ha seleccionado lo mejor de Don DeLillo, Thomas Pynchon y Bolaño para tejer una trama sobre la depresión, la adicción y las conspiraciones. [...] Una novela posmoderna larga y cerebral que [...] marca un capítulo importante en la historia de las imágenes en pantalla».

Los Angeles Review of Books

«Una solvencia visual y plástica pasmosa y una libertad de estilo, recursos y métodos que elevan el libro a experimento genialoide de una escritora superdotada para la narración de las intimidades averiadas. [...] Una prosa segura de sí misma, sin cabriolas pero con momentos de gran brillantez, con atrevimientos libérrimos y una naturalidad de voz desprejuiciada y consistente [...] que obligan a sacarse el sombrero o el cráneo ante el talento y el poder narrativo de Barquinero. Una chifladura genial, intrigante y convincente».

Jordi Gracia, *Babelia*

«La escritora que ha puesto patas arriba el mercado literario nos regala una experiencia de lectura que obsesiona, inquieta y te arrastra hasta el final».

Jorge Coscarón, *Esquire*

«Estupendamente construida, muy bien escrita y decididamente valiente. [...] Magistral y monumental».

Juan Marqués, *El Mundo*

«[Destacan] la ambición y el trabajo de esta joven autora al tratar temas contemporáneos y tabúes como el suicidio, afrontados desde una perspectiva generacional».

Jurado del Premio de la Asociación de Librerías de Madrid

«La escritora revelación del año [...]. Un fenómeno literario».

Fernando Díaz de Quijano, *El Cultural*

«Creo en el libro hasta aplaudir. Su solidez es imposible de obviar».

Nadal Suau, *Babelia*

«Una dignísima heredera de la descomunal *La broma infinita*: [...] 800 páginas de *thriller*, angustia y reflexión».

Ana Trasobares, *Esquire*

«Desbordante, excesiva y sin duda magistral».

José María Pozuelo Yvancos, *ABC Cultural*

«Monumental, fascinante, perturbadora. [...] Imposible dejar de leer».

Carmen Gómez Moreno, *El Generacional*

«Uno de los ejercicios novelísticos más ambiciosos de la novela española contemporánea».

Zenda

«Las prometedoras expectativas se ven sobradamente confirmadas con esta ambiciosa novela en la línea de la bien asimilada influencia de Foster Wallace, Roberto Bolaño o Michel Houellebecq». Jesús Ferrer, *La Razón* (Libro de la semana)

«Audaz. [...] La capacidad de Barquinero para trocar el argumento y modificar la naturaleza de la amenaza que se cierne sobre los protagonistas es una de las fortalezas de esta obra compleja que mejora su prosa cuanto más se aleja del presente».

María Paredes, *The Objective*

«Estupendamente construida, muy bien escrita y decididamente valiente, en *Los Escorpiones* hay novela de intriga, histórica, romántica, de terror y hasta ideológica».

Cecilia Frías, *La Lectura*

«Se bebe casi sin que te des cuenta. Se te pega a los dedos y la arrastras durante todas las horas del día que no estás leyendo. [...] Deja huella y sin duda alguna, dará mucho que hablar».

Marta Marne, *El Periódico – Abril*

«No es fácil levantar una novela que hable sobre internet, que apele a una generación y meta el dedo en los grandes problemas de nuestro tiempo y logre mantener a los lectores y lectoras en una montaña rusa durante más de 800 páginas. Todo eso lo hace Sara Barquinero en *Los Escorpiones*».

Pepa Blanes, *La Hora Exacta*, Cadena SER

«El *tour de force* de Sara Barquinero [...] da testimonio del buen estado de la novela patria. [...] Entre David Foster Wallace y el terror fantástico de Mariana Enriquez, la filósofa y escritora construye una gran historia cargada con los mismos problemas que atenazan a sus lectores».

Ahora Qué Leo, La Sexta (Los mejores libros de 2024)

«Ha dado en la diana Barquinero. Una novela inolvidable. [...] Deja huella profunda y aspira, quizá inconscientemente, a marcar un hito en la prosa española actual. [...] Una guía para estos tiempos ha nacido. La filosofía es su raíz».

Pedro Bosqued, *Heraldo de Aragón*

«Un soberbio desafío. [...] Un novelón que deja huella».

Íñigo Urrutia, *Diario Vasco*

«Un acontecimiento que la ha empujado a la élite de la literatura española».

Luis Alegre, *Heraldo*

